CAPITULO XIII

Penitencias extraordinarias de San Nicolás.—Heroísmo de San Nicolás.—Pasa muchos días sin alimento.—La cama demasiado cómoda.—Disciplinas.—Cilicios.—Luchas interiores.—San Nicolás es confortado con una aparición de Nuestro Señor Jesucristo.

Aun cuando Nicolás de Tolentino consagróse durante su vida al ministerio apostólico, obrando en él acciones maravillosas, es menester no olvidar que él permaneció siempre simple religioso, conocido y admirado solamente en la Marca de Ancona y en los conventos de Padres Agustinos, á los cuales parece que estuvo únicamente reservado el beneficio de gozar de sus ejemplos y de sus milagros. Su renombre fué en su mayor parte posterior á su muerte, sin que sepamos llegase durante su vida á ser conocido de las naciones europeas. Mas el Señor se dignó, en su omnipotencia y misericordia infinitas, sacar al humilde religioso de la obscuridad y del silencio: hizo gloriosas las reliquias del Bienaventurado; atrajo muchedumbre de gentes á su sepulcro, é inspiró á los Soberanos

Pontífices le otorgasen los supremos homenajes reservados por la Iglesia á los elegidos y á los santos, llegando la hora de su glorificación en el tiempo prefijado por la Divina Providencia.

La constancia de Nicolás en la práctica heroica de las más eminentes virtudes no era más que el fruto natural de su amor apasionado por Dios. Queriendo demostrar á su divino Maestro que no era religioso y sacerdote sino para mejor servirle y procurar en todo su mayor gloria, procuró sin cesar imitarlo en su obra redentora por sus dolores voluntarios y por el más entero sacrificio de su ser. Religioso y ermitaño de San Agustín, él estaba por su profesión consagrado á la penitencia; mas excedió con mucho á lo que pedían sus obligaciones, ansioso de lanzarse por la senda de la más acabada perfección, castigando su cuerpo con rigurosa crueldad, tanto por reducirlo á servidumbre como para expiar, decía él, sus pecados y los ajenos. Entregóse de tal modo á esta mortificación exterior, que los mismos historiadores de su vida se muestran espantados y confundidos ante el relato que de ellas nos hacen; no temiendo calificar sus abstinencias de sobrehumanas, inimitables é increíbles (1).

(1) Inenarrabili, inimitabili, incredibili. Gior-

Tan heroicas y extraordinarias penitencias hacen que la pálida y grave figura del Taumaturgo se destaque particularísimamente en la Orden de San Agustín. Parece esta Orden, á primera vista, fácil y suave en su observancia; mas, á pesar de la dulzura aparente de su Regla, ella ha dado á la Iglesia numerosos santos, tan austeros, que han merecido ser envidiados por las Ordenes más austeras y rigurosas. Esta verdad ha inspirado al Beato Jordán de Sajonia las siguientes reflexiones, tan justas y tan verdaderas: «Si alguno en nuestros días quisiese imitar al bienaventurado P. San Agustín y á sus primeros frailes en la comida, en la bebida y en las otras obras de supererogación, podría muy bien hacerlo, observando solamente tres cosas: las reglas de la discreción, la voluntad de los superiores y la edificación de los hermanos, á quienes es necesario no escandalizar. No es, pues, menester pasar á otra Orden más austera para llevar una vida más perfecta, como ha venido á algunos en pensamiento por una sugestión diabólica» (1).

Continúa el autor condenando por el ejemplo de San Nicolás á esos espíritus versátiles

gi, cap. xv, pág. 136. Vixit incredibili abstinentia. Breviarium. Croiset, ad diem 10 Septembris.

(1) Beato Jordán de Sajonia. Vitæ Fratrum, libro IV.

y tornadizos, á esos religiosos ligeros y relajados que buscan en otra parte lo que tienen en la mano y no saben mantenerse con resolución en el camino por donde han prometido marchar; persuadiéndose falsamente, por excusar su cobardía, de que tomando otro rumbo su salvación les será más fácil y sus luchas menos frecuentes y violentas, al mismo tiempo que tocarán más pronto las cumbres de la gloria, dejando de ser terrenos é imperfectos. A éstos les será muy útil leer y meditar la vida del Taumaturgo de Tolentino, para comprender bien todo lo que le fué dado observar dentro de su misma Orden y de su misma Regla, y á qué grado tan extraordinario de santidad supo elevarse.

Como ya hicimos notar, el amor á la mortificación manifestóse en Nicolás desde sus primeros años, y fué cada vez creciendo en él hasta el fin de su vida. Tan cierto es, dice la Escritura, que la senda que elige el joven es la que anda en los años de su vejez. Cosa extraña: esta sed de sufrimientos se acrecentó en él, como más tarde en Santa Teresa y en otros santos, por sus pensamientos y deseos del martirio. Cuando él supo que la Iglesia griega se había separado de la latina, rompiendo la unión solemnemente jurada en el concilio de Lyon, concibió el pensamiento de pasar al Oriente, con objeto de predicar á los

cismáticos la sumisión, esperando alcanzar en medio de ellos la palma de una muerte gloriosa por la defensa de la verdad. Mas, no habiéndole permitido la obediencia poner en práctica estos heroicos deseos, resolvió hacerse él mismo sufrir por Dios, reemplazándolos por rigurosas y voluntarias penitencias los suplicios que los hombres le pudieran imponer (1).

Desde la edad de quince años prohibióse en absoluto el uso de la carne, y por espacio de cuarenta y cinco, como él aseguró á la hija de Margarita Apillaterra, se conservó exactamente fiel á su resolución (2). Los treinta últimos años de su vida, dice el Breviario, se abstuvo además de huevos, de leche, de pescado, de frutas y de todo manjar apañado con manteca (3). Sólo aceptaba una pequeña cantidad de potaje el domingo, el martes y el jueves, y, aun creyéndolo demasiado bueno, se iba á la cocina antes de la hora de comer y ponía agua fría en su plato (4). El lunes,

(1) Giorgi, cap. VII, pág. 67. Giuseppe Renat, lib. I, cap. I. Lippici, núm. 41.

(2) Mater tua vult facere me perdere animam. Sunt quadraginta quinque anni quod non comedi de carnibus. Absit, quod modo comedam. *Proceso.*

(3) Annos triginta a carnium esu et ovis, lacte, piscibus, atque etiam pomis abstinuit, pane dumtaxat et aqua vitam tolerans. *Breviarium.*

(4) Abjecto brodio ponebat aquam frigidam in coquina. *Proceso.*

miércoles, viernes y sábado de cada semana no tomaba más que, una sola vez al día, pan y agua. El viernes, á fin de honrar la Pasión de N. S. Jesucristo, se hacía servir hiel mezclada con vinagre (1). Su ayuno del sábado tenía por objeto honrar á la Santísima Virgen María.

La vida, pues, de Nicolás de Tolentino era verdaderamente un milagro, que, llenando de asombro á los que le rodeaban, hacía se preguntasen á sí mismos cómo era posible se sostuviese tomando tan poco alimento, concediéndose tan poco sueño y entregándose á tan acerbas penitencias, Fué esto en tal extremo, escribe conformándose con el proceso Pedro de Bretaña (2), que sucedía pasarse varios días sin tomar alimento alguno, para imitar el ayuno de N. S. Jesucristo en el Desierto; y su cama, que jamás consintió se la cambiasen por otra, se componía de dos tablas, sobre las cuales, durante sus enfermedades, ponía un saco lleno de paja. Allí reposaba cubierto con su manto y apoyando la cabeza sobre una piedra; mas, encontrando esta cama demasiado cómoda y dulce, llegó, con frecuencia, á tenderse sobre el suelo de

(1) Gustando pura hiel mezclada con vinagre. Giorgi, cap. XV, pág. 134.

(2) Pedro de Bretaña, pág. 87.

su celda durante las horas que se permitía de sueño, no interrumpiendo, sino á más no poder, sus oraciones y disciplinas nocturnas. Tenía, igualmente, en su celda dos pedazos de mármol, sobre uno de los cuales se arrodillaba, sirviendo el otro de apoyo cuando se hallaba muy fatigado; apoyo que venía á serle una nueva mortificación á causa de la sensación vivísima de frío, en sus desnudos brazos, durante las largas noches de invierno.

Las disciplinas de Nicolás, como ya hemos visto, eran prolongadas y frecuentes; sus golpes caían sobre sus espaldas como el granizo, viéndose con frecuencia las paredes de su celda salpicadas de la sangre, que no siempre su humildad había alcanzado á borrar por completo. Esta sangre, que en tanta abundancia derramaba, producíale una sed ardiente, que jamás él satisfacía por completo, siendo así que no bebía más que tres copas de agua cada día; siendo necesario, para hacerle aceptar un poco de vino, una orden expresa de su prior (1). Su disciplina se componía de cadenas de hierro, que muchas veces descarnaban sus huesos, abriendo de nuevo, con los azotes de la noche, las llagas hechas por los de la mañana, de modo tal que los religiosos

(1) Erat contentus tribus parvis scyphis inter vinum et aquam. *Proceso.*

encargados de enterrar su cadáver no pudieron contener las lágrimas y suspiros de compasión y de admiración; viéndose en la necesidad de depositarlo en la tumba con el cilicio que rodeaba sus lomos, sin que les fuese posible arrancar más que el enorme círculo de hierro que lo cubría por encima, cuyas abundantes agujas, que habían también penetrado profundamente en su acardenalado cuerpo, tuvieron que dejar allá, en la imposibilidad de extraerlas (1). Llevó, pues, el Santo á la tumba el cilicio que él mismo se había fabricado, como un vestido de gloria y de honor, como el trofeo inmortal de su valor heroico (2). Es que la verdadera caridad tiene siempre hambre y sed de inmolación y de sacrificio; y, cuanto más Nicolás sufría por Dios, más él quería y deseaba sufrir.

No es, por otra parte, difícil de adivinar la razón de estas penitencias extraordinarias, sobre lo cual el proceso de canonización se expresa en estos términos: «Amante como era de la virtud de la castidad, y queriendo evitar las malas tentaciones, Nicolás crucifi-

(1) Nudus artus aspero cilicio vestiens quod ferreo cilicio adstringebat. *Breviarium.* Quando fuit lavatum corpus vidit (Berardus) spatulas ipsius multum percussas et decoriatas. *Proceso.*

(2) Y entraban tanto estos cilicios en sus carnes, que más bien parecía formaban parte de su mismo cuerpo. Giorgi, cap. xv, pág. 140.

có su misma carne, castigó su cuerpo con ayunos, vigilias, oraciones y duros tormentos, y conservóse en una vida justa, pura y casta. El, dice la Bula de canonización, fué modesto, puro y casto (1). He ahí por qué el Breviario le llama hombre virgen elegido por Dios, haciendo de él en el himno de la fiesta este admirable elogio. «El fué esposo de la Iglesia, á la que estrecha entre sus brazos» (2).

Jamás salió de sus labios una palabra ociosa, vana ó inútil: la mortificación y la modestia resplandecían en sus pasos, en sus miradas y en sus movimientos, y cuando atravesaba las calles con la cabeza inclinada, los ojos bajos y la frente tan cubierta con su capucha que no se le veía la parte superior del rostro, obligaba á exclamar á aquellos que lo encontraban, como ya hemos dicho: ¡Oh, ved qué aspecto tan angelical tiene el P. Nicolás! (3) Podía, en efecto, decirse con razón que el monje agustino tenía un aspecto y una hermosura celestiales. De cuerpo notablemente proporcionado, la costumbre de la contem-

(1) Bula de Canonización.
(2) Virgo a Deo electus, Sponsus est Ecclesiæ quam stringit inter brachia.
(3) Crónica del P. Jacobo Filippo de Bergamo. Venecia, 1553, pág. 295. ¡Oh, mirad qué cara de angel tiene el P. Nicolás! Giorgi, cap. XIV, página 126.

plación había dado mayor realce á las líneas y facciones de su rostro, al cual su extremada flaqueza y palidez prestaba como un reflejo angelical, que hacía pensar en Nuestro Señor Jesucristo, el más hermoso entre los hijos de los hombres.

La naturaleza se siente sobrecogida de espanto ante la pintura de este martirio voluntario, y el más grande terror se apoderaría del alma si ésta no reflexionase que los sufrimientos de los santos son de un precio inestimable, y que la sobreabundancia de sus méritos es la fuente de donde se deriva la salud de sus hermanos, ya vivos y pecadores, ya difuntos y libertados de las llamas expiadoras del Purgatorio. Mas no se crea, sin embargo, que esta vida de dolores voluntarios fuese fácil al siervo de Dios. ¡Oh, no! El tuvo, por el contrario, que sostener largas y terribles luchas, luchas que en él son sumamente interesantes y dignas de admiración. El espíritu del mal atrevióse á atacarle y á maltratarle directamente, á fin de apartarlo de su camino y hacerle vacilar en sus generosas resoluciones. He aquí lo que á este propósito nos cuentan sus historiadores (1).

«El demonio, dice el Beato Jordán de Sa-

(5) Beato Jordán de Sajonia. *Vitæ Fratrum*. Anónimo, cap. XXXII, pág. 84.

jonia, después de haber vencido á nuestros primeros padres por el vicio de la gula, y de haberse atrevido á tentar de la misma suerte á Nuestro Señor Jesucristo, multiplicó sus asaltos para vencer á San Nicolás, infundiendo en su espíritu pensamientos como éste: «¿No ves tú cómo tus hermanos se alimen» tan? ¿Por qué no prestas más atención á las » enfermedades que te afligen, especialmente » á esos dolores que te atormentan en las ar» ticulaciones de tus miembros, á las convul» siones de tu estómago, á tus dolores de ca» beza y á la debilidad de tu vista, causados » todos por los rigores de tu extremada abs» tinencia?» Violentísimas y sobremanera extraordinarias debieron ser las tentaciones suscitadas por Satanás contra el hijo de San Agustín, é importante fué, sin duda, el papel por ellas desempeñado en su vida; pues que el autor anónimo de su historia, deteniéndose largamente en describirlas, no teme exponerlas en los siguientes términos las sugestiones diabólicas de que se veía atormentado el heroico religioso.

»Nicolás, la Regla te manda que domes tu carne con ayunos y con abstinencias en la comida y en la bebida; en eso se complace Dios grandemente. Pero ¡con cuánta prudencia ha mandado todo esto tu Padre San Agustín, acomodándolo á las fuerzas y salud de

cada uno! Siguiendo esta admirable Regla, tú no deberías hacer ayuno alguno; tu cuerpo se halla demasiado consumido y debilitado; tú no tienes suficiente fuerza para observarla. ¿Cómo puedes tú ilusionarte hasta el punto de creer que vas por los caminos del Señor obrando como el más vigoroso y haciendo cosas que exceden á las fuerzas de los más sanos y robustos? Tú te engañas á ti mismo ¡oh Nicolás! Aun cuando no hubiese en ti otra falta, ésta sólo bastaría para hacerte desagradable á tu Soberano Maestro. No sigas, pues, estos engaños de tu imaginación. Reflexiona un poco; sabes tú muy bien, y todos lo aseguran, que tus sufrimientos se deben atribuir á las continuas oraciones, así como á tus ayunos y disciplinas, que te debilitan y trastornan la cabeza... ¿Quién es el autor é inspirador de todo esto?... ¿Dios ó tu capricho?... Tan lejos estás de seguir en tus penitencias la voluntad divina, que precisamente ellas son las que sin remedio han de condenarte. ¿Qué excusa podrás alegar cuando te hayas convertido en asesino de ti mismo?... ¡En qué profunda ilusión estás, oh Nicolás!... El deseo de singularizarse es peligroso, y ha sido siempre condenado por los maestros de la vida espiritual; tú eres demasiado terco y caprichoso en tus oraciones, en tus ayunos, en tus cilicios, en tus disciplinas; en todo quieres tú

hacerte singular, sin tener en cuenta los peligros á que con eso expones tu alma. ¿Y no es acaso todo esto temeridad y presunción?... ¡Ah, cuánto te engañas en tu manera de obrar!» (1).

Hallóse Nicolás con todo esto profundamente conmovido, sintiendo en su alma los dolores y angustias de una verdadera agonía. ¿Se había él realmente engañado? ¿Sería inútil todo cuanto hasta entonces había hecho? ¿No había acertado Nicolás á dar pruebas de sincero amor á su Maestro crucificado? ¿Era digno de su misericordia ó de su odio? Conoció el generoso siervo de Cristo el peso é importancia de esta duda; peso tan doloroso y abrumador para un corazón abrasado de las más puras y ardientes llamas de amor hacia Jesús. La más triste noche se apoderaba de su alma, cayendo su corazón en el más completo abandono y desaliento, semejante al del Salvador en la cruz, cuando decía: «Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado?» Pensó entonces el Bienaventurado, dicen los historiadores, que, á causa de sus defectos, ni sus abstinencias ni sus ayunos habían sido aceptados por la divina Justicia, habiendo sido reprobado por Dios; y, recurriendo á la oración y á las lágrimas, «¡oh Dios mío!, decía,

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vitæ Fratrum*, libro IV, cap. X. Anónimo, ibid.

venid en mi ayuda, Vos que sois el protector y defensor de mi alma: ella se perderá, seguramente, si Vos ¡oh Señor! no le prestáis vuestra ayuda» (1).

¿Cuánto tiempo duró este doloroso estado? No lo sabemos; pero sabida cosa es que á veces estas pruebas son tan largas como penosas para aquellos á quienes el Buen Maestro quiere hacer más perfectos y más semejantes á Sí. Sin embargo, dice el Beato Jordán, Nuestro Señor Jesucristo, Príncipe lleno de una divina compasión para su soldado generoso, no queriendo que éste combatiese hasta la muerte y pereciese en el campo de batalla, se le apareció consolándolo y confortándolo con inefable ternura. «Depón, hijo mío, le dijo, depón tu tristeza y alégrate. Tus obras me son agradables». A estas palabras sintióse el Santo inundado de alegría y pronunció las palabras aquéllas del salmo: «Me he alegrado en las cosas que me han sido dichas» (2).

Asegurado Nicolás de ser agradable á Dios, lanzóse con nuevo valor por el camino de la mortificación y del sacrificio, y rechazó con un ardor todavía más heroico las tentaciones que el demonio no cesó de multiplicar en torno de él, á medida que lo veía avanzar en la santidad y aproximarse al término feliz de la bienaventuranza eterna.

(1) (2) Beato Jordán de Sajonia, ibid.